



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Monólogo de actualidad.



—Ahora veo que he hecho una tontería no casándome... Porque á los yernos los emplean los suegros y además dicen los periódicos que nadie desconoce los méritos del agraciado.

SUMARIO

Taxro: De todo un poco, por Luis Taboada.—Conciencia dormida, por Luis de Ansoarena.—Faliqne, por Clarín.—El termómetro de doña Manuela, por Juan Pérez Zedéiga.—Un crítico, por Julio Martínez Lecha.—Vanitas, por Eduardo de Palacio.—Sentencia de muerte, por Calixto Navarro.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios, GRABADOS: Monólogo de actualidad.—La masa neutra.—De allende.—De madrugada (tres viñetas).—Galería de actrices: Carmen Cobeña.—Alta política (dos viñetas).—Proposiciones, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Gracias á Dios que se han cubierto las vacantes de subsecretarios, consejeros, fiscales, directores y demás brevas administrativas.

Así y todo, quedan por hacer algunos nombramientos, y las prensas gimen todos los días anunciando que á D. Fulanito de Tal se le indica para director de esto

ó de lo otro, y que D. Perenganito va á ser nombrado tal ó cual cosa.

Pero no hagan ustedes caso. Esas noticias las dan ellos; y aun ayer, al verme pasar por la calle del Príncipe, me llamó Bonilla, el óptico carifoso, y me dijo:

—¡Eh! ¿Adónde vas? ¿Por qué no entras?

—Voy de prisa. Me están esperando en casa para retratarme con destino á *Gaceta Moderna*, periódico notable de Pontevedra.

—Te necesito.

—¿Para qué?

—¿Conoces á Policarpo Tripete?

—No sé quién es.

—Sí, hombre, sí; uno que venía aquí el año pasado á ver si le quería comprar un loro que había sido de Sagasta, y por fin se lo vendimos al Círculo fusionista.

—Ya me acuerdo.

—Pues Policarpo quiere ser director general de no sé qué cosa.

—¡Cielos!

—Y necesita salir en los periódicos como indicado.

—¿Tienes mucho interés?

—Ya se ve que lo tengo. Es parroquiano mío y además está casado con una chica de Cuenca.

—Entonces...

Al día siguiente decían los periódicos de más circulación:

«Se indica al Sr. Tripete para una de las direcciones vacantes.

Esta designación ha sido muy bien acogida por todos los que conocen las excelentes cualidades del Sr. Tripete.»

Sagasta tuvo conocimiento de la noticia publicada en los periódicos, y preguntó á su secretario:

—¿Quién es este Tripete?

—Le conoce usted mucho. El del loro.

—¿De qué loro?

—Del loro que le regalaron á usted los amigos políticos de Jadraque.

—No me acuerdo.

—¿No se acuerda usted de un loro que cantaba el himno de Riego, y lo tuvo usted que dar porque un día fué á hacerle una caricia D. Trinitario Capdepón y le picó en un dedo? Pues estaba aquí Tripete de visita, y viendo que iba usted á tirar el loro, lo cogió él, diciendo que era muy amante de los animales.

—¿Y ése quiere ser director?

—Por lo visto...

—Pues dígame usted que se limpie.

Mientras ocurría la anterior escena, Tripete, rodeado de amigos, recibía felicitaciones en el café, y exclamaba con aire de auto-ridad:

—¡Pero esos periódicos, señor! ¿Cómo saben las cosas? ¿Quién se las dice? Es verdad que D. Práxedes me ha ofrecido una dirección; pero yo le he pedido un plazo para reflexionar, y ni D. Práxedes ni yo hemos dicho una sola palabra á los periodistas. ¡Qué periódicos, señor! ¡Qué periódicos! ¡En todo se meten!

La esposa de Tripete recibió varias visitas, y todo el mundo la felicitaba diciéndole:

—¿Conque va usted á ser directora generala?

—¡Ay, hija! Por mi gusto no lo sería; pero Policarpo no le puede negar nada á Sagasta. Ya ve usted, no hace todavía cuatro meses que le regaló un loro, y ¿cómo le dice ahora que no quiere ser director?

—¡Naturalmente!

—Además, el Gobierno necesita directores con energía y con autoridad, y Policarpo en eso es notable... No tiene usted más que ver cómo ha educado á la criada. La ha metido en un puño. En fin, el otro día hasta la pegó; así es que ella le tiene un respeto...

**

Durante una semana fué artículo de fe lo del nombramiento de Tripete, y el hombre había llegado á creerlo, y ya se suponía director general con tratamiento de *ilustrísima* y coche y ordenanza en su casa para recibir á los pretendientes.

En la calle de la Montera le pisó un mozo de cordel y se puso furioso.

—¿No ve usted por dónde va, so bruto? ¿Ya no distingue usted de clases?

—Yo voy por mi camino.

—Adonde va usted á ir es á la prevención.

—¿Yo?

—Usted mismo. ¡Á ver! ¡Guardia, detenga usted á este hombre bajo mi responsabilidad! ¿No sabe usted quién soy? Pues D. Policarpo Tripete.

—*Nu le cunozco*—dijo el guardia.

—¿No lee usted periódicos? ¿No se ha enterado usted de que cuenta conmigo el Gobierno para una dirección general? En cuanto me poseione del cargo verá usted cómo infuyo para que se reforme el cuerpo de seguridad pública y obligo á los guardias á que conozcan á las autoridades...

Pero á pesar de los sueltos de los periódicos, Tripete no ha sido nombrado nada y continúa siendo tan majadero como antes.

Luis Taboada.

*

Conciencia dormida.

Pues no sé qué decirte... Con los años conseguí la razón y la experiencia, que hacen mirar con calma y con desvío dichas pasadas y pasiones muertas. Soy viejo, y por lo tanto no procuro sentir afanes ni emociones nuevas, pues antes de que el cuerpo se derrumbe el alma se ha escapado de la tierra... Ser feliz, pues, debía, y, sin embargo, al recordar, á veces, mi existencia, la paz de que disfruto hace que surja una sombra impregnada de tristeza. ¿Es porque siento que mi carne cede? ¿Porque me faltan entusiasmo y fuerzas? No tal, pues, con mi suerte resignado, no hay en mí ni temores ni protesta... Como miré la vida, frente á frente, ahora miro á la muerte que se acerca... Pero, en fin... me sucede... Á ver si logro de lo que pasa en mí darte una idea... Como ninguno, sabes que en mis tiempos en cuestiones de faldas fui una fiera, y que á toda mujer, cuando era guapa, la perseguí cual codiciable presa... Y... cosa natural... como... (perdona) á este león sin garras la inmodestia) en la época que digo yo era un hombre

propio para hacer loca á cualquier necia; vencí algunas virtudes... que esperaban el que llegase yo para vencerlas; y gocé de la vida, en este punto, sin el menor recelo, lo que pueda gozar quien sabe aprovechar su suerte y une á su loco afán... poca vergüenza. Casi siempre, logrado mi deseo, por ley fatal de las pasiones nuestras, me disgustaba el triunfo, como todo triunfo que gasta nos aburre y pesa; é, indiferente ante las tristes lágrimas de ojos que comparé con las estrellas, y á los suspiros de los frescos labios que tras sus besos murmuraban quejas, buscando libertad, yo me alejaba con desvío glacial... ¡La historia eterna!

Bien... Pues escucha la razón que tengo para el pesar que dije me atormenta. Próximo está el instante en que Dios debe de mi conducta ruin pedirme cuentas... Llegué á la edad en que el pasado asusta, y el alma aguarda su castigo y tiembla... ¡Y también yo recuerdo á las mujeres que vencí y que dejé con sus tristezas!... Y... ¡mira si soy malo!... ¡aún no he sentido ningún remordimiento de conciencia!

Luis de Ansoarena.

PALIQUE

Casi me alegro de no haber enviado *palique* para el número anterior, porque el lugar que mi artículo hubiera ocupado fué para *El estreno*, de D. Luis González Gil, á quien no tengo el gusto de conocer, pero que me parece que sirve para el oficio. *El estreno* tiene gracia, intención y originalidad. Mi *palique*... sólo por ser el ochocientos mil no sé cuántos, tenía mucho adelantado para ser cualquier cosa.

Cuando el Sr. González Gil lleve veinticinco años de *palique* acaso no discorra cosas tan ingeniosas como su sátira-cuento *El estreno*.

¿Como cuántos garbanzos habremos comprado entre Taboada y yo con nuestros artículos de *pan llevar*?

Yo, por mi parte, confieso que estoy cansado de ser *maleante*.

A veces, me entran tentaciones de mandar telegramas á mis periódicos diciendo:

«*Clarín* ha muerto. Se ha pegado un tiro en el seudónimo. Ya no hay *Clarín*».

Y dedicarme exclusivamente á la filosofía. Con firma entera.

Si desde el primer día, desde que Sánchez Pérez me llamó á su seno, como si dijéramos,—calle de Fomento—y fundamos *El Solfeo á raíz*... de la Restauración, yo hubiera firmado con mi nombre y apellido; y en vez de andarme con chirigotas y corrigiéndole el vocablo á Sanchito, me hubiera ido derecho á los molinos de viento, y me hubiera hecho algo muy español, por ejemplo, reaccionario y patriótico; si desde entonces hubiera gastado *levita larga*, y hubiera convenido con algunos republicanos *de ahora* en que la forma de gobierno es accidental; y me hubiera dejado llevar por Martos, que bien quiso, á los accidentes de la monarquía, ¡quién sabe si á estas horas sería yo director de algo, como varios amigos míos de entonces que creyeron en la accidentalidad y ahora dirigen cuanto se les pone por delante?

Sofemos, alma, sofemos.

Quiero suponer que todo el tiempo que he gastado en leer cosas de esas que pasan por el espíritu moderno, de los Pirineos allá, lo he invertido en inflar algún asunto muy nacional, entre religioso y político, v. gr., y que en los momentos de descanso me he dedicado á quitarle motas á Cánovas, á bailar le el agua á Pidal y á pedirle á Tamayo otro *Drama nuevo*. Pues no es mucho imaginar que por todos estos *síntesis castizas* y por la *levita larga*, se me hubiera declarado mozo de provecho y se me hubiera metido en una Academia. Ninguna más á propósito para mi *levita larga* que *la de ciencias morales y políticas*.

Nada digo de alguna duquesa vieja y santurróna que hubiera podido haberse enamorado de mi ortodoxia y de mi credencial *de la de ciencias morales y políticas*. ¡Oh, con duquesa, hubiese llegado tal vez á ministro!

Y nada de *paliques*. ¡Qué felicidad! Ganar mucho dinero (porque es claro que yo no me hubiera dormido en las pajas, pues el dogma de la *accidentalidad* es el principio de la riqueza), ganar mucho dinero y no debérselo á una pluma que es una especie de judío errante, que jamás puede detenerse.

Pero no sofemos más, alma, no sofemos.

El porvenir... es el *palique*. Los chicos crecen. Hay que darles carrera. Las carreras son caras—y malas.—Y todo ha de salir del *palique* y sus similares.

¿No habrá por ahí un millonario *mi admirador* (aunque venga con *novela* al canto) que me diga: «Le regalo á usted una porción de miles de duros, para que usted pueda descansar y dedicarse á la filosofía, olvidado de los *paliques*. No le impongo á usted más obligación que la de escribir, antes de cinco años, una *Crítica de la razón pura* que eclipse la de Kant?»

¡Y la escribo! Vaya si la escribo; con eclipse y todo.

Escribo *La crítica de la razón purísima*.

¡Cualquier cosa, antes que el *palique* número 999.999!

Clarín.

LA MASA NEUTRA



—¿Que se pierde la *Pera de las Antillas*? ¿Y qué? Yo ¿para qué la quiero?

EL TERMÓMETRO DE DOÑA MANUELA

I

Se hallaba doña Manuela con gastralgia, crop, trancazo, paludismo, erisipela, no sé qué cosa en el brazo, dolor en el peroné y diabetes sacarina... en fin, solamente le faltaba la tos ferina.

Su vida estaba en un brete, y la pobre, en un rincón de su triste gabinete, sentadita en un sillón, aguardaba resignada la visita del galeno don Fidél Ojeda y Prada,

que era un médico muy bueno.

(Como advertencia oportuna

debo decir que la tal

doña Manuela era una

señora muy animal.)

Llama el doctor á la puerta

y sale á abrirle la Blass,

criada que es algo tuerta,

por más que nació en Tarrasa.

Penetra el médico allí

donde la paciente está

y empieza á hablar así:

—Hola, amiga. ¿Cómo va?

—Mal doctor, mis ojos ven

que este malestar no amengua!

—¿Á ver el pulso? Está bien.

Ahora saque usted la lengua.

DE ALLENDE



— Estoy por volverme á la Habana en cuanto el general Blanco empiece á desarrollar las instrucciones que le ha dado el ministro. Porque van á tener una importancia excepcional los chicos de la acera.

— Ahí va.

— Está sucia.

— Eso no;

porque ayer mismo la Blasa, en cuanto se levantó, me la fregó con potasa.
— La encuentro á usted, amiga mía, destemplada. Y no es extraño; porque esta pieza está fría y el frío la hace á usted daño. Para evitar que la dé á usted un enfriamiento, conviene que siempre esté á igual temple el aposento. Se debe usted, pues, comprar un termómetro barato.

Y acabó el doctor de hablar y se marchó al poco rato, dejando allí, en el rincón, á su cliente hecha un lío en los pliegues del mantón y tiritando de frío.

II

Otro día don Fidel volvió á ver á la paciente, y entre la señora y él hubo el diálogo siguiente:
— Esta pieza sigue helada. ¿Y el termómetro encargado?
— Le ha traído la criada y en seguida lo he colgado.
— ¿A ver?

— Sobre el tocador lo he puesto, señor Ojeda.
— ¿Y no sube?

— No, señor; donde le cuelgo se queda. Yo no le veo subir, ni mi criada tampoco. Y no debe de regir, porque calienta muy poco.

— Si rige, lo he de probar, y para ello necesito poner el dedo pulgar sobre el mercurio un ratito.
— ¿De esa manera se ve?
— Sí.

— ¡(No estás tú mal granujal)!
— ¡Ya sube! ¿No lo ve usted?
— ¡Qué gracioso! ¡Si usted le empuja...

Pero sería una guasa, si él no subiera por sí, tenerle á usted siempre en casa con el dedo puesto así.
— No he de tomar tal costumbre; que él subirá bien ligero con el calor de la lumbrera que eche usted en el brasero.

— ¡Cómo! ¿Yo brasero aquí? Ni lo echo, ni lo echaré.

— ¿De veras? ¡Hasta ahora sí que no me ha partido usted! ¿Por qué entonces se lamenta?...
— Por haber sido engañada, que un chisme que no calienta, ni es termómetro, ni es nada.

Juan Pérez Zúñiga.

UN CRÍTICO

— ¡Llego tarde á la función?
¡Caramba, cuánto lo siento!
— No, señor. ¡Si hace un momento que han levantado el telón!
— ¿Y qué ha ocurrido hasta ahora? La tiple ¿qué está cantando?
— Es que uos está pintando la pasión que la devora.
— ¡Qué autores! ¡Siempre el amor! No saben salir de ahí.
Ama al tenor, ¿no es así?
— Pues, mire usted, no señor.
Ama al bajo.
— ¿Sí? ¡Es igual!
— Ya canta él.
— Vos de garganta.
Además, ese hombre canta

rematadamente mal.
¿Y esa tiple? ¡Si es atroz!
¡Si no se la puede oír!
¿Ve usted? Ni sabe decir, ni tiene escuela, ni voz. Pues ¿y esos compases? Antes no era el público tan bobo.
¡Vaya un número! Es un robo con todas las agravantes.
— Hombre, yo tengo interés... Permitame usted oír, que ya podrá usted decir sus opiniones después.
(Acaban de ejecutar aquel número hábilmente, y entusiasmada la gente está aplaudiendo á rabiar.)

— ¿Puedo hablar ya?

— Sí, señor.

— El tenor merece un palo.

— ¿Y el barítono?

— Muy malo.

— ¿Y la contralto?

— Peor.

¿Y qué dirección de escena!...

— Permita usted que me asombre.

¡Qué barbaridad! Pero, hombre,

para usted no hay cosa buena.

Diga usted su profesión.

¿Crítico? ¿Actor? ¿Empresario?

— No, señor: veterinario de la Puebla de Albardón.

Julio Martínez Lecha.

DE MADRUGADA



—Esto de la prensa diaria es una tarea insoportable. Se pasa una la noche manejando el *escalpelo* para poner los puntos sobre las *ies* en la última revista de Roma, y ¡claro! luego va uno á acostarse á las seis de la mañana con *mal cuerpo*...

—Para mi señora vengo de velar á un amigo, y para los amigos vengo de velar con una señora...

—Yo no vengo; voy á la plaza de la Villa á ver cuántas papeletas le quedan hoy al alcalde.

Vanitäs.

GALERIA DE ACTRICES

No se debe abusar ni de las muestras de dolor. Porque se expone el que abuse á que tomen por comedia las muestras de alicción personas de suyo maliciosas y malas.

Pero ciertas manifestaciones de lujo doloroso ó de dolor aristocrático excitan la hilaridad de los plebeyos, Dios nos perdone.

En esos días solemnes de visitas al cementerio las familias «pudientes» se exceden de la cuenta, adornando á los difuntos.

Aquellas coronas exorbitantes, como si «debutaran de tiple» los pobres muertos.

Aquellos lacayos, con las pantorrillas enfundadas en medias blancas ó de color de carne sonrosada, angelical, excitan la gula de las personas que las ven.

Como estamos acostumbrados, no nos choca el aviso con que terminan las esquilas de defunción:

«Se suplica el coche»

Parece que lo principal es el coche.

Por su parte, los estadísticos transeuntes y tenderos estudiosos no dejan pasar comitiva fúnebre de lujo sin contar el número de carruajes que siguen al del difunto.

Así pueden asegurar después en los círculos que frecuentan:

—Iban ciento veinte coches; de ellos, cuarenta particulares y seis manuelas, diez jardineras y sesenta y cuatro berlinas de alquiler.

En tarde de corrida de toros, cuando van á la plaza coches y tranvías, siempre se tropiezan con algún muerto que «va al Este».

Digo que «va», porque he visto á más de dos y á más de tres que iban solos ó poco menos.

Cuando más, cuatro hombres y un cadáver.

Algunos transeuntes saludan.

Otros se corren á preguntar á los conductores:

—¿A qué localidad va?

Y uno de los interpelados responde:

—A sol.

—Le llevarán de regalo para algún matador que quede bien esta tarde.

«El duelo se despide en el cementerio.»

De suerte que están muy en su lugar aquellos cuatro versos de Narciso Serra en su pasillo *Nadie se muere hasta que Dios quiere*:

«Derramemos una lágrima
á la memoria de aquel
que fué nuestro amigo, y luego
nos iremos á comer.»



Carmen Cobeña.

Alta política.



—Mira, Adolfo, tú me concedes la autonomía, y tan amigos.
—Y eso ¿qué es?
—Que yo nombro a mi gusto los administradores y tú corres con los gastos.



—Ahora la jugada es irse con Calixto García, que es el que dentro de poco va a repartir los destinos de Cuba.

En la puerta del cementerio se despide el duelo para que los señores de la comitiva fúnebre no vayan a molestar a la «casa paterna del finado» y para que cada cual pueda divertirse, si gusta, inmediatamente.

Eduardo de Palacio.

Sentencia de muerte.

—Duerme, monina, duerme—le decía un padre cariñoso á la precoz y rubia Rosalía, que, falta de reposo, en su lecho infantil se revolvia.—
Duerme, hija mía, duerme!
—¡Si no puedo, papáito!
—¿Estás mala?
—¡Tengo miedo!
—¿Miedo de qué?
—¡No escuchas ese ruido:—Canta la codorniz que te ha traído tu tío Baltasar.
—¿Ese avechucho?...
—Él es el que hace el ruido que te espanta.
—¡Ay, qué rabia, papá!
—¿Qué? ¿Canta mucho?
—¡Otra vez!
—¿Oyes... oyes cómo canta!
Calló la niña, al fin mal convencida,

y el ave, con cansado martilleo, prosiguió la tarea consabida con su enfadoso y ronco golpeteo, en los alambres afilando el pico, y ese *clar-carras-clás*, tan suave y rico.

.....
El padre ya contaba á Rosalía durmiendo confiada, mas la pobre dormirse no podía con el *run-rán* aquel, siempre asustada, y aguzando el oído á aquel molesto y desusado ruido. Por fin, tras infantiles reflexiones y cediendo al temor que la domina, apoya su cabeza en los colchones de la cama vecina, murmurando:—¡Papá!

—Niña!
Anhelante, temblorosa, le enlaza en sus bracitos y le pregunta en tono insinuante:—Dime, ¿se comen esos pajaritos?...

Calixto Flaver.

CHISMES Y CUENTOS

El Sr. Giberga por aquí, el Sr. Giberga por allá...
Ea, ya tenemos aquí al Sr. Giberga.
El hombre estaba un poco resentido con los españoles porque no querían desprenderse de la isla de Cuba, y para demostrar su resentimiento se

Proposiciones.



—Oiga usted, prenda: ¿me permite usted que la convide á café con media tostada?
 —Caballero, déjeme usted en paz. ¡Soy una señora!
 —¡Ah! ¿Eso es ofensivo? Pues oféndame usted á mí de la misma manera.

había ido á lejanas tierras, después de soltar en *El Liberal* una especie de programa que puso en grave peligro á mi distinguido colega.

Pero ahora ha vuelto triunfante, porque nos ha conocido las ganas que tenemos de perder la *patria del cacao*, y se pasa la vida conferenciando con el Sr. Moret, que es el hombre más apropiado para estos enjuagues, porque ha estudiado á fondo el *self government*, ó como se llame eso, y sabe que es cosa muy conveniente para nuestra dignidad y nuestra soberanía.

Con este motivo los periódicos serios se bañan en agua de rosas, por lo que llaman ellos «aproximación de las fuerzas contrarias», aproximación que será mayor seguramente cuando España conceda (*motu proprio*, eso sí) la independencia de la isla.

Tal se han puesto las cosas que no me chocaría leer un par de artículos de fondo demostrando al país la conveniencia de que Calixto García volviera á tomar posesión de su empleo, abonándole los atrasos en premio á sus hazañas de Victoria de las Tunas.

No se puede negar que el solo anuncio de la concesión de la amplia autonomía ha producido beneficiosos resultados.

Y digo que no se puede porque en seguida se echarían encima, acusándole á uno de mal patriota, todos los que al principio preconizaban el sistema de devastación y ahora no han parado hasta conseguir el relevo de Weyler.

Pero pruebas no faltarían, desgraciadamente. Porque desde que Sagasta juró cumplir los compromisos contraídos en la oposición no se ha presentado á indulto un solo cabecilla, de los Estados Unidos han salido con más facilidad las expediciones filibusteras y... ha bajado la Bolsa.

Ha ocurrido, en fin, todo lo contrario de lo que profetizaban varios apreciables caballeros.

Los cuales, por si van mal dadas (que si irán), empiezan á curarse en salud, haciendo correr la voz de que las reformas se implantan demasiado tarde...

Y ¡qué porral sobre que por ser tardías no van á dar resultado, más vale no implantarlas.

En cambio, lean ustedes:
 «Barcelona 27, 2, 30 t.—Coméntase favorablemente entre catalanistas y republicanos federales la asamblea regionalista celebrada en Alcañiz en pro de la concesión de los fueros á las regiones, á consecuencia de haberse concedido la autonomía á Cuba»
 ¡Naturalmente!

Y ahora quiero yo saber en qué razones se funda el Gobierno para negar á las regiones eso que piden.

No tiene más que una: que no puede conceder privilegios de ninguna clase á los que no los exijan con las armas en la mano.

Y eso es muy triste.

Por fin se ha batido el bueno de Tomagueaux con un caballero italiano. El duelo, como era de esperar, ha sido de gran espectáculo, pero por fortuna, y como también era de esperar, no ha llegado la sangre al Sena.

Ha habido un incidente importantísimo, según los corresponsales, que no puedo menos de consignar para enseñanza de las generaciones futuras.

Por orden de los padrinos, los contrincantes se quedaron en camiseta, y en cuanto terminó el lance se saludaron ceremoniosamente, *sombbrero en mano*.

¡Y no harían malas figuras con chistera y camisas de punto!

Ya se habrán ustedes enterado de que ha llovido en todas partes copiosamente y con la oportunidad necesaria para que se haga en buenas condiciones la sementera.

Antes se recibían estas noticias con verdadero júbilo. Ahora nos importa tres cominos que llueva ó que no llueva á tiempo.

Porque el año pasado salió todo á pedir de boca, las cosechas fueron abundantísimas, y sin embargo se ha subido el pan.

De modo que para eso no valía la pena de embarrarse.

Por cierto que la autoridad se está metiendo en los charcos en la cuestión pendiente entre el público y los tahoneros.

Y como no hay artículo alguno en la Constitución, ni ley ni real orden que fije ni determine el precio á que se han de vender las cosas, sino que precisamente una de las libertades conseguidas es la de la contratación, ignoro con qué derecho intervienen en el asunto el gobernador y el alcalde.

Porque de ahí á ordenar quién se ha de vestir de terciopelo y quién de paño de Tarrasa no hay más que un paso.

Y fíjense ustedes en que los precios del calzado y de la ropa han subido extraordinariamente, sin que á la autoridad se le haya ocurrido indicar cuánto deben costar los pantalones. Y más de primera necesidad que el vestido no creo que haya nada, porque sin comer puede uno aguantar cuatro ó cinco días, pero desnudo no le dejan á usted andar por la calle ni siquiera un cuarto de hora.

Y á todo esto á nadie se le ocurre remediar el mal en su origen, que no es otro que el proteccionismo, que impide la entrada de trigo extranjero, siendo así que aquí no se produce lo suficiente para el consumo.

Pero queremos proteger á la agricultura y comer el pan barato, y eso es absolutamente imposible.

Porque soplar y sorber... no puede ser.

Claro está que D. Alberto Aguilera es muy simpático. Y salvo que también á él, como á los gobernadores cursis, le ha dado esta vez por meterse en las entradas y salidas de los teatros, no puede negarse que merece todo género de alabanzas.

Pero... me parece que en ese magnífico plan de reformas que le atribuyen los periódicos se ha salido un poco del tiesto. Porque el embellecimiento ó transformación de las poblaciones no son cosas que incumben á los gobernadores, sino á los alcaldes, y los edificios del Estado que él piensa derribar ó vender para completar la combinación son del Estado, como ello mismo lo dice, y no de la villa y corte.

Pongo por ejemplo: el Sr. Aguilera dice: «Hay que tirar el ministerio de Fomento, vender el solar, y con los productos hacer tales y cuales edificios nuevos y abrir esas y aquellas calles.»

A lo cual cual puede contestar un vecino de Guadalajara:

—Oiga V. E., señor gobernador: que en el ministerio ese tengo yo una parte, como ciudadano español que soy, y dado caso que V. E. tuviera atribuciones para venderle ó cambiarle, que no las tiene V. E., pido que del cambio ó venta resulte también algo beneficioso para Guadalajara. Porque no vamos á estar aquí á las verdés, para que Madrid esté á las duras. Y no habría más remedio que atenderle, porque el hombre estaría en su derecho.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. S. B.—Abusa usted de las aseanancias lastimosamente, y ése es un vicio feo de que debes huir, ¡oh Timoteo!

Clarito.—Mire usted, los versos de los sonetos tienen que ser endecasílabos por fuerza. Y esos no lo son todos por culpa de la acentuación endiablada.

Sr. D. R. L.—Como no cabe en este número y para el siguiente habría perdido la oportunidad..

Alquitrán.—Es mediano el romancillo, porque los versos tienen cada uno su medida particular y sutnan endemoniadamente.

Mercedes.—Mándelos de nuevo con su verdadera firma, que supongo no será ésa, porque hay un par de ellos que pueden aprovecharse.

Cuál.—La idea no es mala, pero no está bien expresada. Porque ¡ay! no maneja usted la métrica con la soltura que fuera de desear.

El vergonzoso en Palacio.—Muy flojitas y muy vulgaritas.

Venancio.—¡Lástima de final, que es antipático y de mal gusto!

M. B. de V. P.—No salgo de Madrid. Puede usted escribir cuando quiera.

Pérez, Ruiz y Gómez.—Se publicará.

City.—El romance resulta demasiado pedestre. Y *humildad* no se escribe así, sino con hache. Y en el verbo haber no se dice *halláis*, sino *hayáis*, que no es lo mismo.

Calixto Coliflor.—Están bien hechas las menudencias, pero adolecen del defecto de la vulgaridad. Hay que procurar decir algo nuevo, ó decir con novedad lo viejo, ¿usted comprende?

PLÚMEROS, CEPILLOS, GAMUZAS

SACUDIDORES DE JUNCO Y DE ORILLO

HULES PARA MESAS Y VASARES

Completo surtido y precios ventajosos.

BURLETE

A DIEZ CÉNTIMOS METRO

HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

CONSERVAS

DE

AVES, CARNES, PESCADOS Y MARISCOS

MARCA

LA NOYESA

Depósito exclusivo de los exquisitos chocolates de cacao.

JUAN SOUTO CHAS É HIJO.—SANTIAGO

Vinos gallegos puros del Rivero.

A. SOUTO.—Mayor, 86.—MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanera.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOGA—TÉS

RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 16 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

A los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.180.

Después: Todos los días de 10 á 3 y de 4 á 8.